

DE PRODUCTORES FAMILIARES A PLANTADORES: EL CASO DE LOS TABACALEROS DE LA PROVINCIA DE MISIONES

EDUARDO SIMONETTI - GUILLERMO REUTEMANN

ROGELIO DALMARONI - OSCAR BISTOCCO ^[1]

RESUMEN

El trabajo describe de manera sintética el proceso de transición de la agricultura tradicional al modelo tecnológico de producción agroindustrial. Sobre este último, se señalan sus objetivos políticos y económicos, así como los impactos que esta tecnología ha provocado en diferentes aspectos: sociales, económicos y ecológicos. Se incorpora al análisis una discusión acerca del rol que desempeñan los pequeños productores familiares y las posibilidades que le asisten de reproducirse socialmente dentro del actual modelo de producción hegemónico.

Finalmente se analiza la situación de los productores de tabaco, señalando aquellas condiciones de su actividad que los torna emblemáticos del proceso de apropiación de la fuerza de trabajo familiar por parte del sistema agroindustrial. En este análisis se identifican los principales actores que intervienen en la actividad y se establece la responsabilidad que le asiste al Estado en la reproducción del sistema productivo, particularmente en la provincia de Misiones (Argentina).

PALABRAS CLAVE: producción agroindustrial; agricultura familiar; tabaco; Estado.

[1] Miembros del Grupo de Estudio y Promoción de la Agricultura de Base Ecológica - GEPABE. Correo electrónico: gepabe.misiones@gmail.com

ABSTRACT

This paper describes synthetically the transition from traditional agriculture to a technological agribusiness model. Concerning the latter, it identifies its political and economic objectives, as well as the impacts that this technology has resulted into, as regards to social, economic and ecological aspects. It also brings into the discussions the role played by small family farmers as well as their chances to socially reproduce themselves within the current hegemonic production model.

Finally the situation of tobacco producers is analyzed, pointing out the conditions of their activity that make them emblematic of the process of appropriation of family labor force by the agribusiness system. The analysis identifies the main actors involved in the activity and establishes the State liability in supporting this production system, particularly in the province of Misiones (Argentina).

KEY WORDS: agribusiness model, family labor force; tobacco; State.

1. INTRODUCCIÓN

El modelo de agricultura predominante en la actualidad, conocido como *agricultura industrial*, fue promovido enérgicamente desde los “países centrales” de la economía mundial con la intención política manifiesta de erradicar el hambre y la pobreza rural en los “países periféricos”^[2]. Para ello había que salir del “atraso” que representaba el modelo de producción tradicional^[3], logrando una mayor eficiencia en la utilización de la mano de obra y demás factores de la producción agropecuaria: se trataba de impulsar una “modernización” en la agricultura.

En rigor de verdad, este modelo se originó fundamentalmente en la necesidad de la agricultura estadounidense de incrementar la productividad de la mano de obra, que era el factor que más limitaciones le ponía a su desarrollo. Fue así como la mecanización temprana de las prácticas agrícolas llevó al monocultivo y, consecuentemente, la ciencia agronómica priorizó el estudio y desarrollo de las variedades requeridas para lograr una mayor eficiencia con estas nuevas prácticas; simultáneamente, se avanzaba en el uso de fertilizantes químicos, que venían a reemplazar las “viejas y rudimentarias prácticas” de abonar con estiércol y rotar los cultivos (Rosset, P. 1997:4).

Los fertilizantes favorecían la especialización, es decir, la separación en el espacio de ganado y cultivo-, lo cual se acentuará más tarde por la enorme inversión en maquinaria necesaria para cosechar un solo cultivo. [...] Los costos de maquinaria, de productos químicos agrícolas y otros insumos han favorecido a las fincas de mayor tamaño, además de la especialización de la producción, el monocultivo y la mecanización (Rosset, 1997:4-5).

La agricultura industrializada podría definirse como aquella forma de manejo de los recursos naturales que genera un proceso de artificialización de los ecosistemas en el que el capital realiza apropiaciones parciales y sucesivas de los distintos procesos de trabajo campesino, para incorporarlos después al manejo, como factores de producción artificializados industrialmente, o medios de producción mercantilizados (Alonso Mielgo et. al. 1999: 10).

[2] Desde el pensamiento neoestructuralista sostenido por la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), el proceso de industrialización generó desde sus primeras etapas una división internacional del trabajo en la cual los países de la periferia (identificados con América Latina, África y Asia) suministran materias primas a los del centro (fundamentalmente Europa y Estados Unidos). Entre los países del centro y los de la periferia se dan relaciones asimétricas que impiden el desarrollo autónomo de los países periféricos.

[3] Lo que caracteriza esta etapa de la agricultura es: la utilización intensiva de mano de obra, una mecanización basada en la tracción a sangre, poca utilización de insumos, los que provienen mayoritariamente del mismo predio, la utilización de especies vegetales y animales autóctonas que los mismos productores seleccionan y el uso de técnicas generadas localmente.

Concebida en los países industrializados e impuesta por los organismos internacionales, esta visión de la agricultura se fue instalando en las distintas sociedades como *la única opción para desarrollar la actividad*, a tal punto que muchos la reconocen como la forma “convencional” de producción. La idea de modelo único queda expresada con total claridad en documentación de la FAO, donde se señala.

[...] nadie más discute la urgencia y la necesidad imprescindible de que los agricultores aumenten la productividad, reduzcan sus costos unitarios, mejoren la calidad de sus productos y racionalicen la comercialización de sus excedentes, como medidas condicionantes para volverlos técnicamente eficientes y económicamente viables. Fuera de este camino realista, pareciera no haber otra alternativa que sea factible de ser ejecutada y a su vez eficaz en la solución de sus problemas”, agregando posteriormente [...] para mejorar la productividad, es absolutamente indispensable tecnificar y modernizar la agricultura; no reconocer esta situación nos conduciría al nefasto camino de la demagogia y de los facilismos populistas que tanto han engañado y dañado a los agricultores. (Arcinegas y Lacki, 1993: 7).

Mediante la presión ejercida a través del financiamiento por –entre otros– el Banco Mundial y el Banco de las Industrias Químicas^[4], la tarea de “educación” realizada por los agrónomos que tenían a su cargo las actividades de *extensión rural*^[5] y la promoción de los Estados Nacionales^[6], se pudo establecer este modo de producción entre los agricultores de los distintos países, quienes de esta manera desvalorizaron y echaron al olvido sus conocimientos ancestrales.

La exaltación de la utilización de los insumos industriales para combatir el hambre y las pestes pasó a ser el tema central de la política agraria a nivel internacional^[7], con las consecuencias económicas, sociales y ambientales que hoy se reconocen (Pinheiro, 2004: 26-28).

El modelo de la agricultura industrial se ha instalado profundamente en la conciencia social (urbana y rural) como referencia única de progreso y modernidad provocado por el conocimiento científico y la evolución tecnológica.

Este enfoque se corporiza en las aspiraciones de la mayoría de los productores, quienes asocian el nuevo modelo de agricultura a las ideas de prosperidad y eficiencia. A partir de allí, son los mismos productores quienes se descalifican como portadores de conocimientos y prácticas adaptativas, como experimentadores y creadores seculares de tecnología, como protagonistas de su propio desarrollo (Gomes de Almeida, 1991).

El cambio introducido en la cultura productiva forma parte de una nueva visión de la agricultura, que modifica profundamente el para qué y cómo se debe realizar esta actividad.

Con la implementación a escala mundial del nuevo modelo de producción, en primera instancia quedó demostrado que los objetivos altruistas que inspiraron la implementación de este modelo de

[4] Este banco prestaba dinero a los países en desarrollo imponiendo la compra de agroquímicos a sus asociados. Por ejemplo, en América Latina la mayoría de los bancos sólo liberan los créditos para los agricultores que destinen un 20% del total otorgado a la compra de venenos y fertilizantes químicos (Pinheiro, 2004: 26).

[5] Sistema promovido por los EEUU para difundir la nueva agricultura.

[6] Aún cuando los principios rectores de la agricultura industrial no respondían a las necesidades de los “países periféricos”, a lo gobiernos de estos países les resultó imposible resistir la tentación de sumar el sector agrario al proceso de modernización que proponían los “países centrales”, alentado desde los organismos internacionales, los sectores financieros, las universidades, instituciones de investigación, etc.

[7] Tal como se enseñaba en los diferentes niveles de educación, los venenos agrícolas “fueron calificados como la salvación de la humanidad”; se originaba de esta manera “el culto a la élite internacional de la enseñanza y la investigación” (Pinheiro, S. 2004: 26).

desarrollo agropecuario no se cumplieron y, además, quedó en evidencia que los fines perseguidos eran otros.

El principal objetivo fue integrar el sector agropecuario al modo de producción capitalista, generando en los productores la necesidad de utilizar en forma creciente insumos de origen industrial; sociedad y naturaleza debieron adaptarse a la tecnología, siguiendo una lógica productiva que derivó en una artificialización creciente de los agroecosistemas.

Algunos de los rasgos destacables del modelo son la uniformidad genética, la especialización en monocultivos, el suelo actuando como un simple soporte mecánico de las plantas, la incorporación de insumos industriales y maquinarias al campo, etc. De esta manera se logró imponer una tecnología mediante la cual el capital creó condiciones que permitieron transferir a la industria la riqueza producida por el sector rural.

Un hecho ejemplarizador de la situación reseñada, se produce cuando ante la necesidad de sostener el desarrollo de la industria bélica en tiempos de paz, así como la de “colocar” los stock remanentes de productos elaborados durante los conflictos armados^[8], se promovió la utilización de estos insumos, como plaguicidas y fertilizantes, y maquinarias en la producción agropecuaria.

2. LA REVOLUCIÓN VERDE: CARACTERÍSTICAS Y CONSECUENCIAS

Reconocida como la “Revolución Verde” y desarrollada a partir de la Segunda Guerra Mundial, este sistema de producción representa la profundización del modelo agroindustrial en el proceso de transferencia del modo de producción industrial al campo.

El mismo se manifiesta fundamentalmente en una extraordinaria homogeneización de la actividad agrícola sustentada en la producción en monocultivo de variedades de “alto rendimiento”[9], la utilización intensiva de productos químicos y la incorporación al campo de “alta tecnología”, de la cual nunca el productor es propietario, ni se encuentra en condiciones de poder reproducirla ni recrearla por sus propios medios.

Las industrias son las “propietarias” de la tecnología y las semillas son patentadas por las empresas que las desarrollan.

En 1970, el Premio Nóbel de la Paz le fue entregado a Norman Borlaug[10] por su trabajo en el desarrollo de variedades de alta productividad de trigo. Las llamadas “semillas milagrosas” de Borlaug posibilitaron una transformación profunda en los sistemas de producción y control de alimentos, y se difundieron rápidamente por gran parte del mundo.

[8] Con posterioridad a la Primera Gran Guerra, las fábricas de tanques comienzan a producir tractores y los stock remanentes de nitratos (utilizados para la fabricación de pólvora) y gases neurotóxicos, pasan a ser utilizados como fertilizantes y plaguicidas; lo mismo sucedió en la Segunda Guerra con otros productos. Después de Vietnam, los desfoliantes como el “agente naranja” y otros, son utilizados masivamente como herbicidas en la agricultura; algo similar se podría señalar en la actualidad con relación al desarrollo biotecnológico (Pinheiro, 2004: 23-27).

[9] “Lo peculiar de estas nuevas variedades no es que sean particularmente productivas de por sí, sino que pueden absorber tres o cuatro veces más cantidad de fertilizante que las variedades tradicionales y convertirla en granos, siempre que dispongan de la frecuencia y cantidad proporcionales de riego...Estas nuevas semillas han sido denominadas también variedades de alto rendimiento (VAPs); sin embargo esa expresión es inapropiada [...] Lo más correcto es por consiguiente denominarlas ‘variedades de alta respuesta’, porque si no cuentan con los insumos ideales, el rendimiento es bajísimo” (Shiva, 1995: 177).

[10] Norman E. Borlaug (1914-2009). En la fecha en que fuera distinguido con el Nóbel, era Director del Centro Internacional para el Mejoramiento del Maíz y el Trigo (CIMMYT, Ciudad de México).

El objetivo era aumentar la producción y la productividad de las actividades agrícolas mediante la utilización de insumos industriales, de variedades genéticamente mejoradas, de mecanización e irrigación, acompañados de una cadena articulada de procesos productivos. Así, este “paquete tecnológico de la agricultura contemporánea” sustentado por el nuevo modelo, constituía “una respuesta científica” a la crisis de oferta en el mercado de cereales y un aumento demográfico alarmante que llevaron a previsiones neomalthusianas de una catástrofe alimentaria con potenciales convulsiones sociales y políticas (Altieri, M. 1998:48).

A esta alarmante visión, se agregaba la preocupación de los países industrializados por la intranquilidad creciente de los campesinos de los países recién independizados de Asia, el riesgo que representaba para sus intereses el ejemplo de la Revolución China y la presión que ejercían sobre sus gobiernos las empresas agroquímicas para asegurar un mayor consumo de fertilizantes y plaguicidas en otros continentes. Así:

[...] el Banco Mundial, las fundaciones Ford y Rockefeller y la Agencia Internacional para el Desarrollo de EUA, veían la intensificación de la agricultura como una manera de estabilizar el campo y, especialmente, como un modo de vaciar la reivindicación por la mayor redistribución de tierras y otros recursos (Shiva, 1992:34).

Es entonces cuando el presidente de los EEUU (J. F. Kennedy), lanza la campaña “Alimentos para la Paz”, “abriendo con esto a la agricultura como un inmenso mercado para la industria, la que a través de esta política fue saliendo de la recesión en que se encontraba desde el fin de la segunda guerra mundial”. Con la introducción de la agricultura química-mecánica se realizaba un salvataje de la industria pero, al mismo tiempo, se condenaba a la miseria a millones de agricultores y se intensificaba la destrucción de los suelos agrícolas en todo el planeta (Primavesi, A.1997:34-36).

Con la irrupción de esta nueva tecnología, las corporaciones transnacionales logran tener un mayor control de la producción y comercialización de alimentos. Así, las “semillas milagrosas” constituyen también la simiente de una nueva comercialización de la agricultura.

Se puede agregar a esta observación que en este modelo de producción, aún cuando se cumplan todas las condiciones exigidas, en el largo plazo se requieren cantidades creciente de insumos (fertilizantes, plaguicidas, etc.) para mantener los niveles de productividad por unidad de superficie, disminuyendo la rentabilidad del productor.

Las nuevas técnicas de producción permitieron alcanzar un “dominio” de los recursos disponibles y obtener cosechas sin precedentes, incrementando al máximo los rendimientos por unidad de superficie. El optimismo generado por estos resultados llevaron en 1974 a Henry Kissinger –Secretario de Estado norteamericano– a asegurar: “dentro de una década, ningún hombre, mujer o niño se irá a dormir con hambre”^[11].

Pero al mismo tiempo, estas técnicas provocaron impactos (muchas veces irreversibles) sociales, económicos y ambientales que hoy colocan serios interrogantes sobre los beneficios ocasionados por estas transformaciones.

Esta tecnología tiene graves efectos sociales y ambientales. Entre sus consecuencias más destacables se pueden citar: la erosión del suelo, la pérdida de diversidad biológica, la escasez y pérdida de la calidad del agua, la dependencia de insumos industriales, la especialización y el monocultivo, el aumento de los costos agrícolas, la caída de los precios de los productos primarios, la pérdida en la calidad de los alimentos, la concentración de la tierra y el éxodo rural, la precarización del empleo y la exclusión social, etc.

De esta manera, se favoreció a las grandes empresas agroquímicas y agropecuarias, mientras los agricultores aumentaron su dependencia de los insumos extraprediales, quedando cada vez más su-

[11] Primer Conferencia Internacional sobre Alimentación. Roma, 1974. (AS-PTA. 1992: 1).

bordinados a las empresas que controlan estos insumos. Lo mencionado, unido al alto interés de los préstamos bancarios, hace que sea constante el deterioro del beneficio real del agricultor.

Este modelo de producción, diseñado para incrementar la productividad de un recurso escaso (la mano de obra) en los países centrales, fue “exportado” acriticamente a los países periféricos donde tuvo efectos aún más devastadores.

[...] esta tecnología ha demostrado ser dispendiosa en términos de tierra y de capital. En el caso de países con problemas crónicos de desempleo y/o con escasez de capital, ha conducido rápidamente a una enorme migración campo-ciudad, con sus consiguientes problemas sociales, y a la penetración de la agricultura por parte del capital extranjero (Rosset, 1997:5).

Unas pocas décadas después de la introducción en el agro del modelo de producción industrial, tomando en consideración factores como los que se reseñaran precedentemente, llevaron a Vandana Shiva a señalar lo siguiente:

La Revolución Verde fracasó. Causó la reducción de la diversidad genética, el aumento de la vulnerabilidad a las plagas, la erosión y contaminación del suelo, la falta de agua, la reducción de la disponibilidad de cultivos alimenticios nutritivos para los pueblos locales, la expulsión de grandes contingentes de pequeños agricultores de sus tierras, el empobrecimiento rural y el crecimiento de tensiones y conflictos. Los beneficios fueron para la industria química, las grandes empresas petroquímicas, las industrias productoras de máquinas agrícolas, las constructoras de represas y los grandes propietarios de tierras. (Shiva, 1992: 33).

Para enfrentar la crisis de producción y abastecimiento de alimentos que padecen enormes sectores de la población mundial^[12], hoy se plantea la necesidad de impulsar una segunda revolución, esta vez apoyada en los avances de la biotecnología y la ingeniería genética. Con la estrategia y la retórica de siempre, los agricultores son alentados a reemplazar las “viejas tecnologías” de la primera revolución por los nuevos recursos biotecnológicos y así poder sustituir los cultivos realizados para el consumo doméstico, por frutas y verduras que tendrán como destino los mercados externos (Shiva, 1992:41).

Esta estrategia de exportar cultivos comerciales, de base genética más estrecha e inestable que los de la Revolución Verde, ya ha sido probada con resultados sumamente negativos en términos de seguridad alimentaria e incremento de la pobreza y de la deuda externa.

Cuando aún no se terminan de evaluar en toda su dimensión los efectos causados por la Revolución Verde, se propone una segunda revolución que intensifica aún más la introducción de capital y dependencia de los agricultores, planteando serios interrogantes sobre las perspectivas ecológicas, económicas y sociales del sector agropecuario.

Es imprescindible señalar que desde hace algunas décadas las estrategias de desarrollo agropecuario se diseñan en la gran mayoría de los países, industrializados o no, siguiendo las pautas establecidas por la Revolución Verde y, consecuentemente, sus efectos ecológicos, económicos y sociales se hacen sentir a escala mundial.

3. EL IMPACTO DE LA AGRICULTURA INDUSTRIAL EN LA PRODUCCIÓN FAMILIAR

En primera instancia, resulta necesario precisar qué se entiende por productores familiares. En esta intención no se pretende incluir una gama de alternativa entre las que se identifican los grandes, me-

[12] Conforme a las últimas estimaciones (1995/97), en el mundo en desarrollo 790 millones de personas no tienen suficiente comida (“El estado de la inseguridad alimentaria en el mundo”, <http://www.fao.org>).

dianos y pequeños productores que acumulan capital, sino poner atención en aquellos agricultores que, por sus características, también se los reconoce como *agricultores familiares* o *productores familiares de subsistencia*.

Se trata en este caso de productores que, en condición de propietario o arrendatario, explotan una extensión de tierra suficiente para su reproducción y la de su familia, valiéndose para ello de la fuerza de trabajo familiar, pudiendo recurrir al trabajo ajeno para realizar aquellas tareas donde el esfuerzo familiar no es suficiente.

La *producción familiar de subsistencia* conserva ciertos rasgos de lo que se entiende por *economía campesina*, la que –según su inserción y forma de evolución en un contexto capitalista dependiente– puede distinguirse teóricamente en base a los siguientes criterios (Brignol y Crispi 1982):

- La producción en las unidades agrícolas campesinas tiene por objeto la reproducción de la unidad y no la maximización de la tasa de ganancia capitalista.
- La economía campesina está compuesta por unidades económicas que satisfacen al mismo tiempo la producción y el consumo final de la familia.
- Las unidades económicas campesinas emplean fundamentalmente fuerza de trabajo familiar, aunque es posible que durante algunos períodos determinados ocupen también mano de obra no familiar (asalariada). Muchas veces el recurso del trabajo ajeno adquiere formas distintas al del trabajo asalariado (por ej. el intercambio de trabajo para realizar determinadas tareas).
- Las unidades campesinas deben vender fuerza de trabajo asalariada en forma temporal (semiproletaria) cuando su producción agrícola no asegura su reproducción.
- La producción en estas unidades tiene habitualmente un carácter mercantil aunque el campesinado, al tomar sus decisiones, busque constantemente minimizar su riesgo y no maximizar los beneficios.
- El nivel de reproducción material de estas unidades de producción depende de las condiciones históricas específicas dentro de las cuales han evolucionado.
- La economía campesina es una forma de producción subordinada, condicionada por un proceso que oscila constantemente entre la desintegración y la conservación, o entre la desintegración y la recreación.

Estos productores constituyen una de las formas más difundidas de la *sobrepoblación ampliada*^[13] en el campo y su existencia:

está parcialmente inscrita en la lógica de crecimiento del capital y satisface una necesidad de la misma sólo en determinadas condiciones. [...] Mucho del devenir campesino se explica por la política: esta puede reactivarlo, prolongar su existencia o acelerar su descomposición, pero no puede alterar sus tendencias económicas básicas (Figueroa, Op. cit.: 29).

Aun reconociendo que estas unidades no se inscriben estrictamente en el modo de producción capitalista y, consecuentemente, no se observa en su funcionamiento la lógica de acumulación propia de aquellas unidades productivas que si lo hacen, esto no impide poder observar en ellas categorías propias de la producción comercial (valor, precios, mercado, ganancia, etc.), las cuales resultan im-

[13] El proceso capitalista crea una sobrepoblación mayor a la relativamente redundante y necesaria para la acumulación de capital (Figueroa, 2005: 29).

prescindibles para comprender su funcionamiento dado su vínculo con el entorno mercantil en el cual están insertas.

Por lo tanto, nos encontramos nuevamente con uno de los tantos casos en los cuales la organización no capitalista de la producción aparece incorporada a la acumulación y sus agentes, como sobrepoblación relativa (Figueroa, Op. cit.:34).

Siguiendo las ideas de Palerm, se puede señalar que los sectores no capitalistas constituyen una condición necesaria en la existencia del capitalismo. En el proceso de reproducción ampliada del capital juegan un papel central tanto las colonias “externas” (Asia, África, América, etc.), como las “internas” (campesinos, artesanos, etc.). Es decir, se reconoce la necesaria articulación entre diferentes modos de producción, controlados por el modo de producción capitalista (Palerm, 1986:80).

[...] el campesinado resulta necesario tanto como mercado para la realización de parte de la producción capitalista, cuanto como mano de obra barata para las empresas capitalistas agrarias y no agrarias. A la vez, los campesinos sirven como productores no capitalistas de mercancías baratas que entran a la circulación capitalista. Finalmente los campesinos reproducen la fuerza de trabajo sin cargar los costos al sector capitalista y la mantienen también sin costos, como un depósito demográfico, cuando no existe suficiente ocupación productiva (Palerm, 1980:183).

De todas maneras, esa funcionalidad económica no será permanente y su agotamiento determinará una aceleración en el proceso de descomposición-reconstrucción que es propio de este sector, dado que uno de los rasgos de la producción campesina es su inestabilidad ^[14].

Para Palerm (1980: 184-187) deben existir al menos tres condiciones esenciales para que tengan éxito las adaptaciones campesinas. Estas condiciones son: que el campesino mantenga de alguna manera cierto acceso al principal medio de producción, “la tierra”; que mantenga un cierto control sobre su propia fuerza de trabajo (constituida por la unidad doméstica de producción y consumo); y que la forma de producción mantenga alguna ventaja comparativa con las formas capitalistas de producción (Scalerandi, 2010:113).

Con la globalización se hizo evidente que el modo de producción campesino no está determinado sólo por su propia lógica y que las condiciones impuestas por el proceso globalizador muchas veces los restringe a luchar políticamente para alcanzar aquellos objetivos que la economía les niega.

Un ejemplo de intervención política para sostener y desarrollar la agricultura familiar es la creación en el Brasil, durante el actual gobierno del PT, de un ministerio destinado a la atención de este sector (Ministerio de Desarrollo Agrícola, Secretaría de Agricultura Familiar), el cual estableció políticas e implementó acciones que promovían principios antagónicos a los sustentados por la agricultura industrial.

La reproducción social de las unidades campesinas no depende únicamente de lo que puedan producir, sino también de la realización de parte de su producción en mercados capitalistas, en los cuales los precios relativos de los productos agropecuarios están permanentemente en baja. En consecuencia, para sostener el nivel de consumo estas unidades deben incrementar año tras año sus volúmenes de producción.

Para lograr ese propósito, las pequeñas unidades familiares deben salvar varios obstáculos de difícil solución por sus características constitutivas y, fundamentalmente, por el modelo de desarrollo agro-

[14] Desde la perspectiva marxista, la reproducción sostenida del campesinado no es posible; estos se transformarán gradualmente en pequeños capitalistas o en trabajadores asalariados. Existen otros planteos teóricos alternativos al de Marx (Ej. el neopopulismo marxista y el neopopulismo ecológico) que, reivindicando “al último Marx” y Chayanov entre otros, y/o tomando en consideración aspectos ambientales, establecen otros desenlaces posibles, particularmente en el contexto de países como los latinoamericanos (Figueroa, Op. cit.: 36).

pecuario establecido de manera hegemónica en la actualidad. Entre las dificultades a resolver merecen ser destacadas:

- el que puedan incrementar la productividad del trabajo mediante la incorporación de tecnología e insumos;
- lograr la reducción de costos mediante la implementación de economías de escala.

Las organizaciones solidarias, particularmente las cooperativas, pueden cumplir un rol fundamental en la atención de este último aspecto dado que, por las dimensiones de estas unidades de producción, alcanzar este objetivo sería un escollo insalvable trabajando aisladamente ^[15].

Siguiendo la idea de Palerm (1980:175-176), se puede sostener que los sectores campesinos no van a asegurar su supervivencia recurriendo a modelos anquilosados, sostenidos en un “conservadurismo cultural, oposición a las innovaciones, animadversión al cambio y a la llamada modernización”, sino que para sobrevivir realizarán “cambios adaptativos a las transformaciones de su ambiente histórico concreto” (Scalerandi, 2010).

Aún así, el modelo de producción agroindustrial coloca a los pequeños productores en una situación límite, dado que está orientado a hacer más eficiente a las grandes explotaciones agropecuarias, que son las que pueden darle un uso intensivo a los insumos y maquinarias.

[...] puede apreciarse que la pequeña producción campesina adolece de una impotencia congénita para seguir con éxito la evolución de la agricultura capitalista. El costo de sus medios de producción tiende a ser más elevado en cada unidad de producto (Figueroa, Op. cit.: 37).

Consecuentemente con ello, la producción campesina crece más lentamente que la obtenida por los productores capitalizados y la expresión monetaria del trabajo invertido en cada ciclo es cada vez menor. Esto los lleva, en primera instancia, a incrementar su autoexplotación para compensar con más trabajo la deficiencia en productividad.

De todas maneras, esta estrategia rápidamente encuentra las limitaciones físicas impuestas por su propia fuerza laboral y los medios de trabajo que dispone, principalmente la disponibilidad de tierra.

Todo esto se ve agravado por los diferentes mecanismos de apropiación de los cuales es objeto el sector agrícola por parte del capital. Existen distintas modalidades de extracción del trabajo excedente campesino en el capitalismo; el más típico, que describiera Marx, consistente en la extracción de plusvalía del trabajo asalariado.

Sin embargo, la experiencia indica que no es esta la forma más generalizada de extracción de plusvalía en este sector de la producción agraria. Lo que ocurre normalmente es que la explotación del trabajo campesino y el de su familia se efectúe mediante el control de la plantación que estas empresas realizan (sin trabajo asalariado), en un proceso que de “agricultores” los transforma en “plantadores”, en el cual la subordinación opera mediante la tecnología y los mecanismos de mercado.

El concepto de *plantador* al que se hace referencia en este caso, no se corresponde con el tipo social que describiera Bartolomé, cuya caracterización está definida por “su comportamiento especulativo, buscando obtener del suelo grandes y rápidos beneficios, no vacilando en desprenderse de sus tierras cuando su explotación deja de ser rentable” (Wilhelmy, citado en Bartolomé, 1975:3). Se trata, en este caso, de productores cuyas explotaciones tienen una orientación mercantil, que utilizan en su activi-

[15] “En efecto, la cooperativa de crédito, comercialización y producción no es más que un instrumento específicamente capitalista para solucionar problemas capitalistas. Es el medio más idóneo, para la pequeña explotación, de acceder a las ventajas de la grande y superar los obstáculos que el menor tamaño impone a la pequeña burguesía” (Sartelli, E. 2002: 5).

dad casi exclusivamente mano de obra familiar, sin considerarla en los costos de producción y que, en cierta medida, presentan condiciones de acumular capital.

Las grandes empresas agroindustriales se han dado cuenta que no se trata de tener en propiedad vastas áreas de tierras para asegurarse el control de la producción y los mercados, sino que este objetivo se vincula principalmente (y con menores riesgos) con el control de la sobreproducción mediante contratos con los productores-abastecedores; se reservan así las etapas de transformación de la producción y comercialización, en las cuales el ciclo de reproducción del capital es sensiblemente más rápido.

La propiedad directa de la tierra requiere grandes sumas de capital, expone al propietario a los riesgos endémicos de la producción agrícola, requiere el control de una fuerza de trabajo concentrada y a menudo sindicalizada y corre el riesgo de la nacionalización. Al contrario, controlando la producción de los pequeños campesinos traspasa más de un riesgo a los agricultores y es una forma baratísima de conseguir el trabajo de una familia entera (Payer, 1980:147).

La transferencia del excedente agrario por este mecanismo coloca a los productores familiares en una situación laboral inferior a la de los trabajadores asalariados, con una retribución a la fuerza de trabajo empleada menor a la que les correspondería en su condición de tales y, la mayor de las veces, en condiciones laborales de mayor precariedad (obra social, seguridad, etc.) que la de los obreros rurales permanentes.

El modelo productivo hegemónico y la implementación de proyectos que, en conformidad con el proceso de globalización neoliberal, privilegian una producción extravertida, vienen a conformar un entorno económico que sofoca la producción campesina, acelera su desarticulación y los desplaza de su condición social. Aún así, es apresurado concluir que este sector está destinado a desaparecer.

El capitalismo subdesarrollado genera procesos que destruyen la economía campesina y la reconstruyen mediante “deslizamientos hacia abajo” de las empresas capitalistas más débiles, quienes de esta manera se “campesinizan”. A su vez, la necesidad de satisfacer los reclamos de una sobrepoblación cada vez más numerosa, impulsan a los gobiernos a distribuir pequeñas parcelas de tierra y promover políticas que permitan sostener la producción campesina y atenuar de esta manera procesos sociales que afectan directamente la paz social.

Los programas de reforma agraria implementados en Venezuela y Brasil son buenos ejemplos de procesos de “campesinización” implementados con esta intención, los cuales han dado un nuevo impulso a la producción originada por los productores minifundistas y, al mismo tiempo, obligado a revisar las teorías que aportaban argumentos sobre su fracaso como las políticas implementadas para el sector desde esta perspectiva (Figuroa, Op. cit.: 29, 30).

Por otra parte, es importante destacar que en los programas de desarrollo agrario implementados en diferentes países latinoamericanos a partir de los '70 (ej. el programa *Cambio Rural*^[16] en la Argentina y el PRONAF^[17] en el Brasil), se pone de manifiesto la disputa ideológica (y económica) existente en relación al objetivo a perseguir para este sector.

[16] En el mes de mayo del año 1993, se implementó este programa de alcance nacional destinado a atender a productores medianos y pequeños (el estrato ubicado entre los productores minifundistas y empresariales), el cual tenía por objetivo crear conciencia sobre las modificaciones estructurales de la economía nacional, promover el apoyo a los productores por parte de las instituciones vinculadas al sector, asistirlos técnicamente e instalar capacidad operativa y organizacional para su desarrollo (Simonetti, Op. cit.: 92).

[17] “[...] el gobierno de Fernando Henrique Cardoso reconoce la importancia de los pequeños agricultores para el desarrollo del campo e impulsa un conjunto de políticas para tratar de la cuestión agraria. Sin embargo, estas políticas consideran el capital y el mercado como principales referencias, pretendiendo vaciar de sentido las formas históricas de lucha de los trabajadores (...) Estas políticas fueron creadas como respuesta a las acciones de los trabajadores “sin tierra”, pero también son el

En ellos es posible observar que:

[...] la categoría ‘campesino’ ha sido sustituida por la de ‘agricultor familiar’, a la cual se le imprime la idea de dinamismo e integración a los mercados y economía capitalista, reservando la idea de atraso, resistencia al cambio y a la modernización a la primera (Scalerandi, 2010:107).

Resulta evidente que los gobiernos debieran poner sus mejores esfuerzos en la búsqueda de soluciones para el afianzamiento y desarrollo del sector agropecuario en general y de los productores familiares particularmente. Impulsar la construcción democrática de un modelo de desarrollo alternativo al agroindustrial y alentar formas cooperativas en la organización de los productores, se presentan como opciones que ofrecen las mejores posibilidades.

4. EL SISTEMA TABACALERO: UN PARADIGMA DE LA AGRICULTURA INDUSTRIAL

4.1. LA ACTIVIDAD TABACALERA EN LA ACTUALIDAD

Desde la revolución verde hasta nuestros días el modelo de producción de tabaco determinó que los productores dedicados a esta actividad se transformaran *de agricultores en plantadores*. En este proceso la industria se apropió de la mayor parte de la renta generada por estos productores y sus familias.

Las condiciones de producción establecidas por el sector industrial no son exclusivas de la producción de tabaco. Hacia 1975 el Banco Mundial promovía y financiaba actividades productivas de características similares, manteniendo proyectos de té en Indonesia, Kenia, Mauritania y Uganda; de caucho en Indonesia y Malasia; de cacao en Costa de Marfil, y de palma africana (aceite) en Nigeria.

Se trataba de productos que requerían un estricto control de las prácticas de cultivo y un envío rápido a las plantas procesadoras; eran cultivados por campesinos agrupados en las cercanías de esas agroindustrias, manejadas por las compañías que les ofrecía asistencia técnica, insumos y el procesamiento de los productos, los cuales eran vendidos por medio de las mismas (Payer, 1980: 147 y 148).

No se trató de una coincidencia el interés del Banco Mundial en potenciar a los pequeños agricultores, cuando en ese momento las compañías agroindustriales reparaban que los mayores beneficios no provenían de poseer grandes propiedades sino de dirigir la producción mediante contratos con los productores-abastecedores, controlando así los mercados (Payer, Op. cit.:147).

Si se considera además que aproximadamente el 90% del trabajo empleado en la producción de este tipo de cultivos es familiar, se hace evidencia que el esfuerzo realizado no se transforma en renta para estas familias. De esta manera las empresas transfieren los riesgos de la producción primaria a los productores y se apropian de gran parte de la renta producida por este sector ^[18].

En el caso particular del tabaco, en la relación de subordinación que se establece entre los agricultores y las empresas acopiadoras, desempeñan un rol fundamental los “instructores” que ponen las empresas, los cuales –asistencia técnica mediante– realizan la tarea de *controlar que los productores se*

resultado de un nuevo paradigma de la cuestión agraria, denominada “agricultura familiar”, que tiene como principal referencia el papel central del Estado como gestor de proyectos para la “integración” de los campesinos en el mercado” (Fernandes Mançano citado en Scalerandi, Op. cit.: 117)

[18] En el caso del tabaco, esta situación la plantean Pinheiro y Luz cuando destacan que, en general, la mano de obra representa aproximadamente un 60% del costo de producción de tabaco, mientras que la remuneración de esta mano de obra participa con un 4% en el valor final del cigarrillo. A su vez el gobierno se queda con el 70% en concepto de impuestos y el 15% corresponde al margen de lucro de la industria y el comercio (Seffrin en Pinheiro. y Luz, 1998: 157).

ajusten estrictamente a las prácticas de producción establecidas por el capital. Es así como estos agricultores fueron transformados en “plantadores” al servicio de las mismas.

Esta situación de subordinación se torna evidente en el momento de la comercialización del producto. Por ejemplo, en la provincia de Misiones los productores se refieren a esta instancia como el momento de la “entrega” de la producción y no de su venta (Diez, Op. cit.:93).

Entendemos que este uso se relaciona directamente con el hecho de que el tabaco, aún estando en la chacra del productor, siendo cultivado con su esfuerzo y sus medios de trabajo no es su tabaco, por lo tanto la operación se limita a entregar a sus dueños lo que ya era de ellos. También ellos son conscientes de la particularidad de las condiciones de producción (Rodríguez, Op. cit.:123).

En la relación de subordinación que se establece entre las empresas y los productores, existen distintas instancias en las cuales las mismas establecen mecanismos que les permiten apropiarse de gran parte de la renta generada por este sector.

En consecuencia, resulta esencial poder analizar algunos de los aspectos económicos fundamentales para el desenvolvimiento de esta actividad tratando, en la medida de lo posible, de explicitar aquellos mecanismos característicos y recurrentes de apropiación de la renta que realizan las empresas acopiadoras. En este análisis se van a tomar como referencia los datos disponibles referidos a la provincia de Misiones.

4.2. LOS ASPECTOS ECONÓMICOS: EL CASO DE LA PROVINCIA DE MISIONES.

4.2.1. ANÁLISIS DE PRECIOS Y COSTOS DE PRODUCCIÓN

Si se analiza la evolución de los precios reales obtenidos por los productores de tabaco durante la última década, se aprecia que –en términos generales– estos han mostrado un comportamiento relativamente estable. Se puede ver que, con excepción de la caída de más del 20% (2002) registrada con posterioridad a la crisis del 2001 y salida de la convertibilidad^[19], y su posterior recuperación al año siguiente, las variaciones producidas han sido moderadas hasta el año 2007 (Cuadro N° 1).

A partir de entonces se produce una recuperación del precio en términos reales, alcanzando en el 2009 un valor que lo coloca un 24,7% por encima del que se registrara en el año 1998.

Los cambios en la política económica y el abandono de la ‘convertibilidad’ que se produjeron en la Argentina como consecuencia de la crisis del año 2001, determinaron condiciones cambiarias que permitieron una paulatina recuperación de los precios internacionales de buena parte de la producción nacional, particularmente de los productos del sector agrario. Esta situación mejoró la relación entre los ingresos y los costos de los sectores exportadores (Simonetti, 2010:2).

[19] En abril de 1991 se sancionó la ley N° 23.928, de convertibilidad del austral; el signo monetario argentino volvía a ser convertible después de más de setenta años. La ley prescribía que el 100% de la base monetaria debe estar respaldada por oro y divisas. Se fijaba una relación de Diez mil Australes por cada Dólar, para la venta (posteriormente \$1 equivalía a U\$A 1). “La salida de la convertibilidad implicó, entre otras medidas trascendentes, una devaluación de la moneda, decisión que tuvo efectos diversos para la Argentina. Entre los efectos positivos vale destacar las mayores posibilidades de competir en los mercados internacionales que tuvieron los productos exportables y el sector agropecuario no escapó a las condiciones generales planteadas” (Simonetti, 2010: 52).

CUADRO 1: PRECIOS AL PRODUCTOR Y DE EXPORTACIÓN DE TABACO (1998 - 2009)

Año	Precios (\$) exportación	Precios promedio al productor			Indices de precios		
		Acopio	FET	Total	Corrientes	Básicos mayoristas	Reales
1998	3,0	1,5	0,7	2,2	100,0	100,0	100,0
1999	2,6	1,4	0,7	2,1	96,9	96,3	100,6
2000	2,2	1,2	0,7	1,9	86,7	99,7	86,9
2001	2,2	1,2	0,8	2,0	93,4	97,5	95,8
2002	5,5	1,9	1,1	3,0	139,0	175,8	79,1
2003	6,8	3,3	1,6	4,8	222,5	208,0	107,0
2004	6,5	3,3	1,4	4,7	215,3	221,0	97,4
2005	6,9	3,5	1,4	4,9	224,3	242,3	92,6
2006	8,6	3,7	1,5	5,3	241,8	268,5	90,1
2007	9,0	4,2	1,6	5,8	266,4	298,4	89,3
2008	11,8	5,9	1,8	7,7	355,9	340,8	104,4
2009	16,7	8,0	1,9	9,9	452,6	362,9	124,7

Fuente: Secretaría de Comercio Exterior de la Provincia de Misiones.
Instituto Nacional de Estadística y Censos (INDEC).

Si se analiza la conformación del precio al productor, se puede ver (Cuadro N° 1) que, con posterioridad al año 2001, la participación del Fondo Especial del Tabaco (FET)^[20] ha ido decreciendo sostenidamente, pasando de representar aproximadamente el 41% en ese año a menos del 20% en el año 2009.

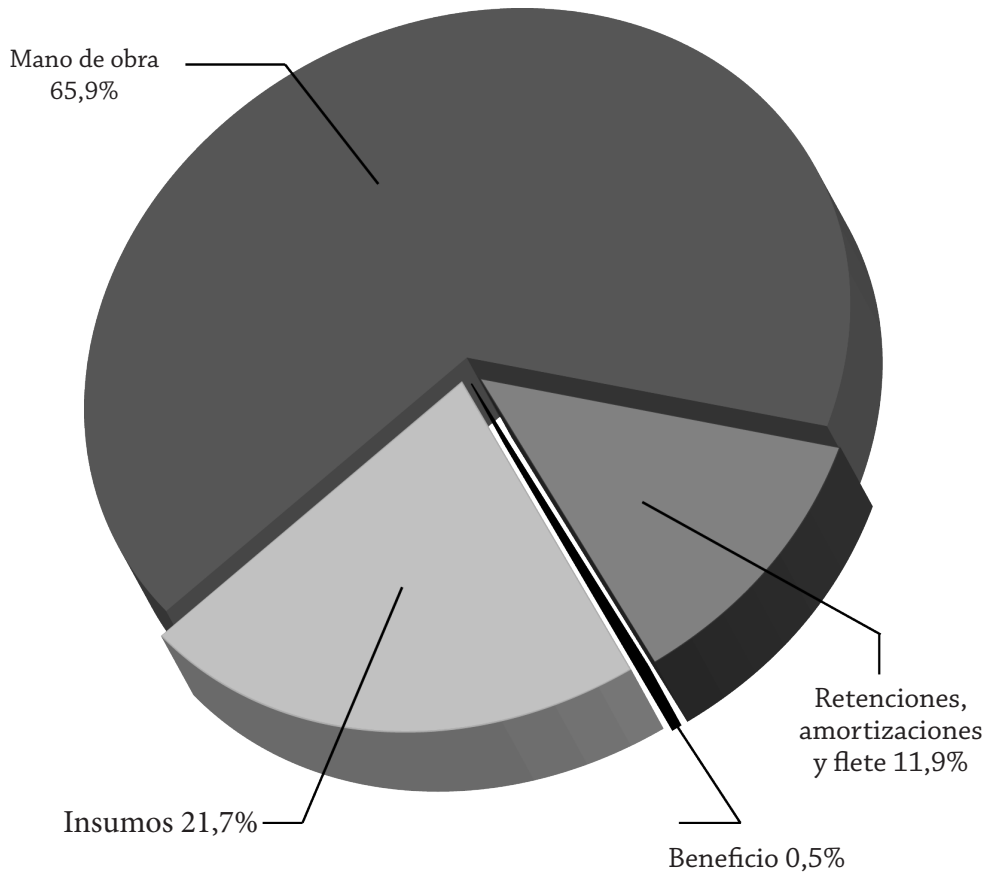
La participación cada vez mayor de las empresas acopiadoras en la conformación del precio (precio de acopio), indica que el “subsidio” a las empresas por parte del Estado ha ido disminuyendo a lo largo de los últimos años.

A su vez, la evolución de los precios al productor han tenido un comportamiento que, si bien acompañaron el incremento de los precios de exportación, a partir del año 2001 tuvieron un ritmo de crecimiento inferior al de estos últimos. Esta situación determinó que, de representar aproximadamente el 88% del precio de exportación en el 2001, pasara a significar menos del 60% en el año 2009 (Cuadro N° 1).

Por otro lado, si se analizan los ingresos promedio obtenidos mediante la producción de 1 hectárea de tabaco Burley, es posible determinar que el costo de la mano de obra representa aproximadamente el 66% del precio final al productor. Además, sin considerar las retenciones en concepto de cargas so-

[20] Se crea en el año 1972 por Ley N° 19.800 estableciendo (Art. N° 12) que el ingreso percibido por el productor se integra mediante el pago que deben efectuar las empresas (precio de acopio) y el importe que abonará el FET. Mediante este impuesto al consumidor se generan fondos que, además de retribuir parte del precio al productor, permite sostener un seguro agrícola, la obra social y la implementación de diversos programas (públicos y privados) de desarrollo agropecuario.

GRÁFICO N° 1: ESTRUCTURA DEL COSTO DE PRODUCCIÓN DE UNA HECTÁREA DE TABACO BURLEY (MISIONES 2007)



Fuente: Cámara del Tabaco.

ciales, a los productores de Burley prácticamente no les queda beneficio y, consecuentemente, lo que perciben es únicamente una retribución por el trabajo realizado (Gráfico N° 1).

Se deduce fácilmente que, si en los costos de producción se incluyera lo que representan las cargas sociales (aproximadamente un 30% del costo de la mano de obra), la retribución al trabajo percibida es inferior a lo que fijan los convenios establecidos como remuneración del trabajador rural.

El deterioro de la salud del productor y su familia, y la degradación del agroecosistema (suelos, agua, biodiversidad) ocasionado por este sistema de producción, terminan de configurar un cuadro de extrema vulnerabilidad de estos productores.

La utilización intensiva de agrotóxicos en la producción de tabaco tiene efectos nocivos sobre la salud de estos productores (malformaciones, depresión y suicidios, alteraciones genéticas, etc.)^[21], como

[21] En la década del '70 el médico Emilio Astolfi correlacionó el aumento de los suicidios en la región tabacalera del Chaco, con la introducción de los insecticidas fosforados sustituyendo los órganos clorados (Pinheiro y Luz, Op. cit.: 176). Más recientemente, un estudio realizado por un equipo dirigido por el Dr. Hugo Gómez Demaio (Jefe del Servicio de Cirugía

así también sobre la población en general, tanto de manera directa al aplicarlos, como a través del agua, del suelo y de los alimentos.

Los productores de tabaco reconocen que están intoxicados y con sus vidas y la de sus hijos seriamente comprometidos. También creen que no es posible producir sin esta relación opresiva y que existan otras alternativas. Se someten. De esta manera la ideología del dominador pasa a ser la visión del dominado (Pinheiro y Luz, 1998:155).

Estos efectos, como las devastadoras consecuencias que su empleo ha provocado en el medio ambiente, en la actualidad están suficientemente probados mediante estudios e investigaciones realizados por instituciones prestigiosas.

Las empresas tabacaleras, mediante diferentes procesos tecnológicos fueron utilizando cada vez menos tabaco por cada cigarrillo obtenido. Es así que a través de la incorporación de tabaco expandido (con dióxido de carbono, nitrógeno o isopentano) o mediante procedimientos para agregar *tabaco reconstituido*^[22], actualmente con 450 gr. de tabaco producen 1100 cigarrillos, cuando hace 40 años se producían menos de la mitad (438 cigarrillos). Esto explica en gran medida que, para el año 2007, el *Ingreso bruto de los productores* no llegara a representar el 3% del precio final del cigarrillo (Gráfico N° 2).

A su vez, los Impuestos fiscales aplicados al consumo de tabaco significaban aproximadamente el 71%, en tanto que a la Industria y el Comercio le correspondía más del 26% del precio de venta al consumidor.

Queda así demostrado que, del ingreso producido por el consumo interno nacional, mediante mecanismos fiscales es el Estado el principal beneficiario de lo generado por esta actividad.

En el ejercicio 2010, como puede verse en el Gráfico N° 3, a la provincia de Misiones le correspondieron \$232.079.407 del Fondo Especial del Tabaco^[23]; de este monto, el 24,7% fueron retribuciones directas al productor en concepto de precio; el monto restante corresponde a los Planes Operativos Anuales (POA), incluyendo lo del ejercicio de ese año (51,3%), como lo no ejecutado del 2009 (23,9%). Además, la obra social de los tabacaleros recibió fondos no contemplados en este análisis.

4.3. OTROS MECANISMOS DE APROPIACIÓN Y LA SUBORDINACIÓN DE LOS PRODUCTORES

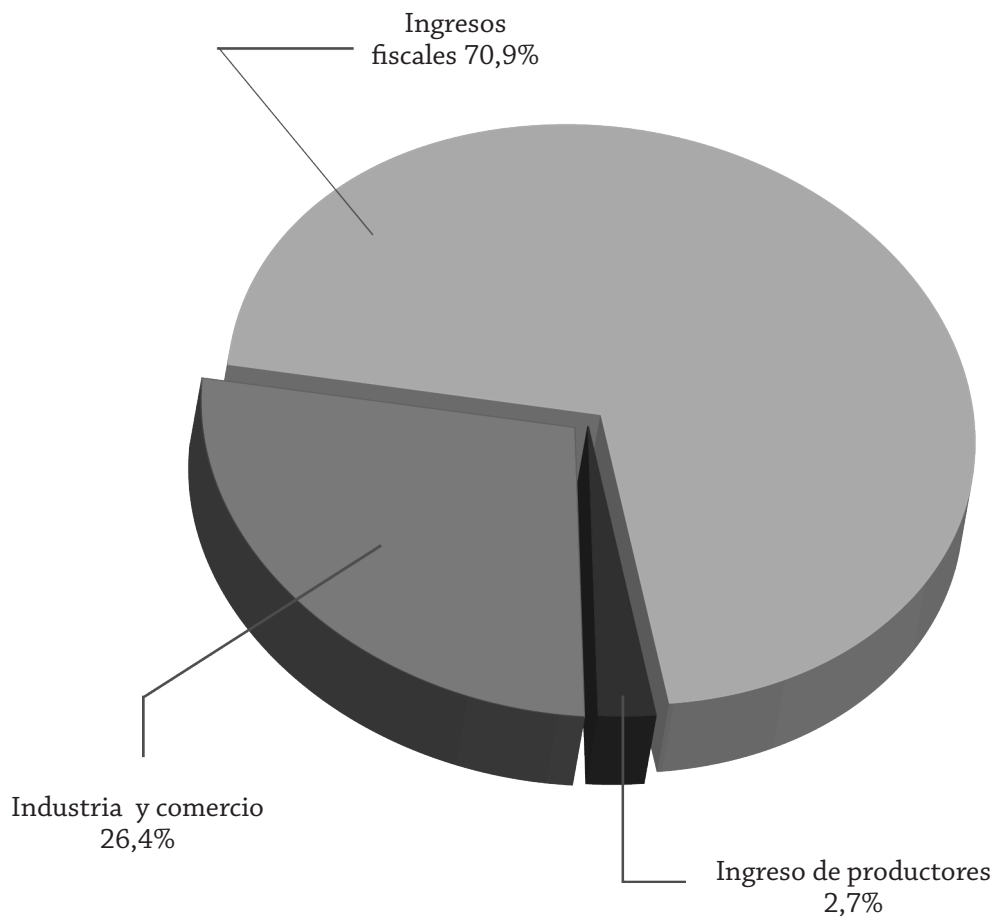
En el proceso de producción/negociación con las empresas, existen distintas instancias que le permiten al sector industrial apropiarse de parte del valor de la producción obtenido por los tabacaleros. Una de ellas es la manipulación que ejercen cuando se procede a clasificar el tabaco, procedimiento realizado por las empresas de manera discrecional mediante el cual se establece la calidad del producto entregado y, consecuentemente, el precio a pagar por él.

del Hospital de Pediatría de Posadas) encontró que, el 40% de los pacientes con mielomeningoceles (una malformación del sistema nervioso del tubo neural) responde a la acción de los agroquímicos (Gómez Demaio – Martín y otros, 1999: 114)

[22] Subproductos o desechos del tabaco procesado (ej. tallos), así como partículas pequeñas o polvo de hojas. Otra manera de reconstituir tabaco es agregarle una solución de amoníaco; los fabricantes añaden sabores o aromas para reducir la naturaleza irritante del humo y al mismo tiempo crear características sensoriales similares a las obtenidas con hojas de muy buena calidad. Son más de 600 los aditivos presentes en el tabaco de los cigarrillos (“Agricultura y producción de tabaco”. En: www.pehsu.org/tabaco/tabaco2.htm).

[23] Es importante destacar que – en el 2011 – del presupuesto total del Ministerio del Agro y la Producción, lo aportado por el FET representa más del 67,7%.

GRÁFICO N°2: DISTRIBUCIÓN DEL PRECIO AL CONSUMIDOR DE TABACO. ARGENTINA 2007



Fuente: Proyecto de Resolución presentado en la Cámara de Diputados de la Provincia de Misiones, en el año 2006.

En una primera instancia son las familias quienes realizan un trabajo largo y tedioso y se encargan de separar las hojas (“la claseada”) según lo dispuesto por la empresa[24]. Posteriormente, al recibir la producción la empresa muestrea al azar los fardos entregados y “determina” la calidad del producto, existiendo en general diferencias con la valoración que hacen los productores que van en detrimento de sus ingresos, sin que este pueda realizar algún reclamo. En esta operación existe un impacto psicosocial de difícil valoración, en el cual se afecta el sentimiento y amor propio de estos productores (Pinheiro y Luz, 1998: 156).

Las empresas también obtienen beneficios mediante la venta de insumos. Compran con mejores precios grandes volúmenes de los diferentes insumos (agrotóxicos, fertilizantes, semillas, chapas, alambres, etc.) que luego venden a los productores a precios minoristas.

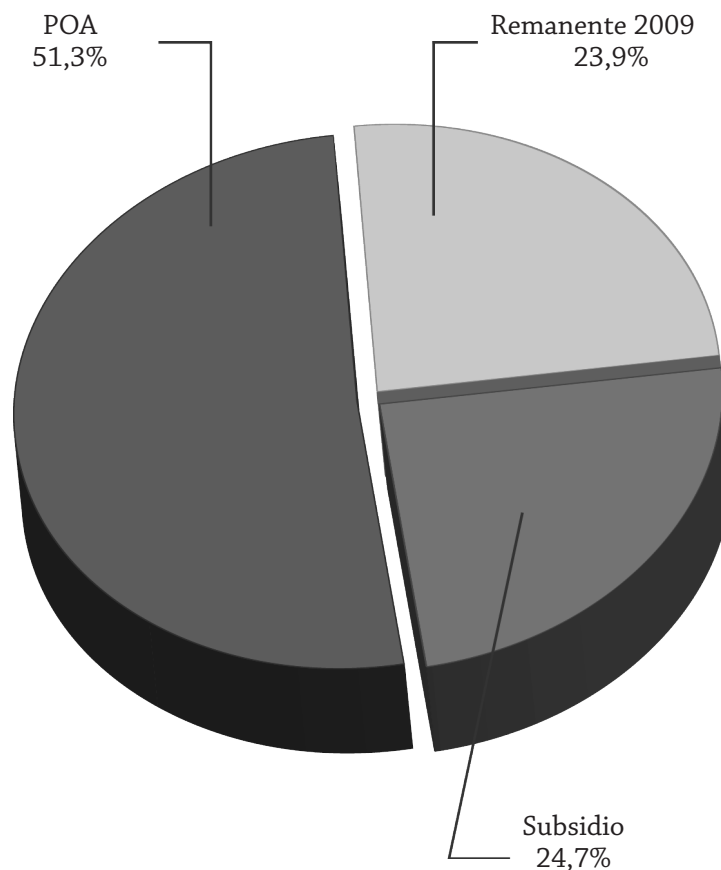
[24] “Existen cuatro grandes clases codificadas con sus subclases, que tienen su correspondiente valor en el mercado, pautado por la compañía a la hora de entrega” (Diez, Op. cit.: 90).

En este proceso se produce una doble transferencia de excedentes de los productores al sector empresario, dado que les venden a la industria un producto obtenido bajo la lógica campesina y obtienen mercancías (insumos) obtenidas bajo la lógica del modo capitalista de producción.

[...] De este modo la participación del modo campesino de producción articulado a la agroindustria, permite una doble transferencia de excedente: en primer lugar la mercancía que venden entra en el circuito capitalista, para o ser nuevamente vendida transfiriendo excedentes al capitalismo mercantil (el caso de los acopiadores), o transformándola en un producto elaborado bajo sistema de producción capitalista, transfiriendo excedentes al capitalismo industrial (el caso de la agroindustria), ya que la materia prima que utiliza no contempla los costos de reproducción de la fuerza de trabajo, la renovación de los recursos naturales, entre otros. En segundo lugar permite una nueva realización de valor al comprar con el dinero obtenido bienes o insumos generados por el modo capitalista de producción. (Scalerandi, 2010:114).

A su vez, mediante la provisión de semillas, insumos, asistencia técnica “gratuita” y la compra garantizada de la producción obtenida, las empresas tabacaleras establecen contratos con los product-

GRÁFICO N° 3. DISTRIBUCIÓN DE LOS RECURSOS DEL FET. MISIONES, 2010.



Fuente: Ministerio de Agricultura, Ganadería y Pesca de la Nación.
Programa de Reconversión del Área Tabacalera. Ejercicio 2010.

res mediante los cuales les imponen condiciones de producción que estos deben cumplir estrictamente, sin posibilidades de negociación.

Es posible identificar entre estos agricultores estrategias que, desde su racionalidad, les permiten modificar las técnicas productivas impuestas por las empresas.

Las prácticas recomendadas/impuestas por las empresas son valoradas según resulten beneficiosas a los intereses de la compañía o a los de los productores. [...] La lógica de las luchas sobre la forma de realización de determinadas prácticas de cultivo está estrechamente articulada con esta racionalidad (Rodríguez, 2007:151).

Aun así, estas conductas frente al modelo productivo empresarial, son individuales e inorgánicas y, consecuentemente, no se traducen en acciones colectivas. La relación de producción impuesta por las empresas, obstaculiza cualquier forma de organización y resistencia de estos productores.

Entre los productores asociados a la Cooperativa Tabacalera se observa una actitud similar a la reseñada, a pesar de que esta entidad está regida por otra normativa a las de las empresas con fines de lucro.

4.4. EL PAPEL DEL ESTADO

Atendiendo lo reseñado vale preguntarse ¿que hace que estos productores continúen desarrollando esta actividad?

Según la bibliografía consultada y nuestra propia experiencia, estos productores perciben como ventajas y justifican su permanencia en la producción de tabaco, el contar con una obra social, con crédito para la provisión de insumos en su chacra, asistencia técnica, becas de estudio para sus hijos, un producto con venta garantizada y seguro agrícola, un sobreprecio asegurado por el Estado, etc.

La información analizada expone claramente que esta percepción de los agricultores no se ajusta a las condiciones económicas, sociales y ambientales en las que desarrollan su actividad. Que lo que perciben como ventajas se traducen en beneficios para las empresas, colocando en situación de riesgo su reproducción social.

Ante esto, vale preguntarse ¿cuáles son las razones por las cuales el Estado (nacional y provincial) no se ocupa decididamente de resolver esta situación?, “desentendiéndose” de cuestiones que –de diversas maneras– afectan el desenvolvimiento de un sector social y económicamente importante como lo es el tabacalero ^[25].

De esta manera permiten la discrecionalidad de las empresas en, por ejemplo, la clasificación del producto, la provisión de los insumos, la imposición en el uso de agrotóxicos, las condiciones de trabajo, etc.

La única intervención manifiesta se traduce en asegurar parte de la retribución de estas familias (el “reintegro” mediante los fondos del FET), en buena medida para compensar los precios rezagados que perciben estos productores y, de alguna manera, contribuir a la reproducción social de este sector.

Esta “ausencia” del Estado condice con la falta de información oficial sistematizada (estadísticas, estudios, investigaciones, etc.) sobre la realidad económica y social en la que se encuentran los tabacaleros. La existente, es generada principalmente por las industrias, quienes de esta manera se transforman en portavoces del sector.

[25] Se trata de aproximadamente 15 mil productores, en su gran mayoría minifundistas, que realizan la actividad con mano de obra familiar.

El gobierno, al no intervenir y regular la dispar relación que fijan las empresas acopiadoras de tabaco con los agricultores, establece por omisión una política que resulta funcional a los intereses del sector más concentrado de la economía.

Este hecho constituye una deuda social, económica y ambiental que debe ser reparada, máxime cuando es el propio Estado (nacional y provincial) el principal beneficiario de los enormes ingresos que genera esta actividad.

5. CONCLUSIONES

La agricultura industrial, y particularmente la Revolución Verde, representa la profundización del modo de producción capitalista en las zonas rurales.

La lógica que guía esta tecnología, promovida por los países industrializados para salir del atraso y resolver el hambre en el mundo, produjo un aumento de la productividad, pero al mismo tiempo generó efectos sociales, económicos y ambientales que hoy permiten cuestionar objetivamente los beneficios y la sostenibilidad de esta tecnología.

Mientras los objetivos humanísticos de terminar con el hambre y erradicar la pobreza no se han cumplido, esta tecnología permitió sostener la industria a través de la transferencia de renta del sector rural al sector industrial.

Este sistema, para aumentar su rentabilidad, requiere grandes extensiones de tierra, monocultivos para la exportación, mecanización, alta dependencia de insumos de origen industrial, riego, baja utilización de mano de obra, etc.

En el sistema tabacalero de la provincia de Misiones se sostiene la lógica de la agricultura industrial pero la alta rentabilidad de las empresas se sustenta en organizar por contrato grandes extensiones de producción atomizadas en miles de pequeños productores con explotación de mano de obra familiar. Así, estos agricultores se transforman en plantadores al servicio de estas empresas.

En este esquema de productivo, el Estado – principal beneficiario de esta actividad – interviene subsidiando a las empresas parte del precio al productor a los efectos de garantizar su permanencia en condición de plantadores, sin intervenir para modificar las condiciones de vulnerabilidad social, económica y ecológica en la que se encuentran actualmente.

BIBLIOGRAFÍA

ALONSO Mielgo, A.; GUZMÁN CASADO, G.; CENIT MOLINA, M. Inédito. “La Agricultura Industrializada en el Contexto del Neoliberalismo y la Globalización Económica”. Ingenieros Agrónomos del Instituto de Sociología y Estudios Campesinos. Universidad de Córdoba. España.

ALTIERI, M. A. 1998. “The myths of biotechnology: some ethical questions”. En: I. Seragelidin and J. Martin-Brown (eds.) *Proceedings of an associated event of the 5th Annual World Bank Conferenec on Environmentally and Socially Sustainable Development*. Washington, D.C.

ARCINEGAS, Jorge G.; LACKI, Polan. 1993. “La Modernización de la Agricultura. Los Pequeños También Pueden”. En: *Redes de Cooperación Técnica*. Serie: Desarrollo Rural N° 11. Oficina Regional de la FAO para América Latina y el Caribe. Santiago de Chile, Chile.

BARTOLOMÉ, Leopoldo J. 1975. “Colonos, Plantadores y Agroindustria. La Explotación Agrícola Familiar en el Sudeste de Misiones”. En: *Desarrollo Económico*, Vol. XV, N° 58.

BRIGNOL, Raúl; CRISPI, Jaime. 1982. "El Campesinado en América Latina. Una Aproximación Teórica". En: *Revista de la CEPAL*.

CAMARA DE REPRESENTANTES DE LA PROVINCIA DE MISIONES. 2006. Proyecto de Resolución D-27768/06 del 2 de marzo.

DIEZ, María C. 2009. *O fumo nao paga nosso sofrimento. Pequenos productores y agroindustria: Una etnografía en Colonia Aurora, Misiones*. Tesis de Licenciatura en Antropología Social. Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales. Universidad Nacional de Misiones. Posadas, Misiones.

FIGUEROA, Víctor Manuel. 2005. "América Latina: descomposición y persistencia de lo campesino". En: *Problemas del Desarrollo. Revista Latinoamericana de Economía* Vol. 36, N° 142. México.

GOMES DE ALMEIDA, Silvio. 1991. "La Agricultura Alternativa en Construcción". En: *Alternativas. Cuadernos de Agroecología* N° 1. Pág. 1-6. AS-PTA. Río de Janeiro, Brasil.

GOMEZ DEMAIO, Hugo; MARTÍN, Cristina et. al. 1999. "Correlación del Polimorfismo MSP1 del Gen CYP1A1 con los Fenotipos de Inductibilidad de la Enzima ARYL Hidrocarburo Hidroxilasa en una Población Normal de Misiones". En: Actas del XXIX Congreso Argentino de Genética y XXXII Congreso de la Sociedad Genética de Chile. Rosario, Argentina.

PALERM, Ángel. 1986. *Modos de Producción y Formaciones Socioeconómicas*. México, Ediciones Gernika.

PALERM, Ángel. 1980. *Antropología y Marxismo*. Centro de Investigaciones superiores del Instituto Nacional de Antropología e Historia. México, Nueva Imagen.

PAYER, Cheryl. 1980. "El Banco Mundial y los Pequeños Agricultores". En: Hugo Assmann (ed.). *El Banco Mundial: Un Caso de Progresismo Conservador*. San José de Costa Rica, Departamento Ecuménico de Investigaciones.

PINHEIRO, Sebastiao. 2004. *Historia de los plaguicidas*. Brasil, RAP-AL Cono Sur, UITA.

PINHEIRO, Sebastiao y LUZ, Dioclésio. 1998. *Ladrones de Natureza. Una reflexión sobre la Biotecnología y el Futuro del Planet*. Brasil, Fundación Juquira Candirú.

PRIMAVESI, Ana. 1997. "Agricultura orgánica: una alternativa o un imperativo?". En: *Hoja a hoja* N° 12. Movimiento de Agricultura Agroecológica Latinoamericano y del Caribe (MAELA).

RODRÍGUEZ, Francisco. 2007. "Prácticas, poderes y saber". En: Denis Baranger (comp.): *Tabaco y agrotóxicos. Un estudio sobre productores de Misiones*. Posadas, Editorial Universitaria de Misiones.

ROSSET, Peter M. 1997. "La crisis de la agricultura convencional, la sustitución de insumos y el enfoque agroecológico". En: *Agroecología y Desarrollo* N° 11 y 12. Revista de CLADES. Disponible en: <http://www.clades.org/r11-art1.htm>

SARTELLI, Eduardo. 2002. "Cooperativas y capitalismo. En torno a los orígenes del cooperativismo agrario y el debate sobre la crisis actual del capitalismo argentino". En: *Razón y Revolución* N° 9. Buenos Aires. Disponible en: <http://www.razonyrevolucion.org.ar/textos/revryr/economia/ryr9-11-sartelli.pdf>

SCALERANDI, Verónica. 2010. "El lugar del campesino en la sociedad: aportes del marxismo a la comprensión de la articulación entre campesinos y modos capitalistas de producción". En: *Kula. Antropólogos del Atlántico Sur. Revista de Antropología y Ciencias Sociales* N° 2. Buenos Aires.

SHIVA, Vandana. 1995. "Abrazar la vida. Mujer, ecología y desarrollo". En: *Cuadernos Inacabados* N° 18. Madrid, Horas y horas.

SHIVA, Vandana. 1992. "La Revolución Verde en el Punjab". En: *Textos para debate* N° 42. Río de Janeiro.

SIMONETTI, Eduardo F. 2010. *Las cooperativas agroindustriales: los efectos de su incorporación a los mercados globalizados en la Provincia de Misiones - Argentina*. Tesis para el Diploma de Estudios Avanzados. Doctorado en Economía y Política en el Marco de la Globalización. Universidad Complutense de Madrid. Madrid, España.